

bajo de principio ni de palanca, cuando es, áun para nosotros, el objeto y el fin?

Mas si es indudable que el trabajo, por ser la más alta manifestacion de la vida, de la inteligencia y de la libertad, lleva consigo su atractivo, niego que ese atractivo pueda jamás ser totalmente separado de un pensamiento de utilidad, y por lo tanto, de un retroceso hácia el egoismo; niego, digo, el trabajo por el trabajo, como niego el estilo por el estilo, el amor por el amor y el arte por el arte. El estilo por el estilo ha producido en nuestros dias la literatura al vapor y la improvisacion sin ideas; el amor por el amor conduce á la pederastía, al onanismo y á la prostitucion; el arte por el arte lleva á las imitaciones chinescas, á la caricatura y al culto á lo raro. Cuando el hombre no busca ya en el trabajo sino el placer, pronto deja de trabajar y juega. La historia rebosa de hechos que acreditan esta degradacion. Los juegos isthmicos, olímpicos, píticos y nemeos de Grecia, ejercicios de una sociedad que lo producía todo por medio de sus esclavos; la vida de los espartanos y de sus modelos los antiguos cretenses; los gimnasios, las palestras, los hipódromos y las agitaciones del agorá entre los atenienses; las ocupaciones que da Platon á los guerreros en su *República* y están perfectamente acomodadas al gusto de su siglo; por fin, las justas y los torneos de nuestras sociedades feudales; todas estas invenciones y otras muchas que paso en silencio, desde el juego de ajedrez, inventado se dice en el sitio de Troya por Palamedes, hasta las cartas iluminadas para Carlos VI por Gringonneur, son ejemplos de lo que viene á ser el trabajo desde el punto y hora en que no le sirve de estímulo un motivo serio de utilidad. El trabajo, el verdadero trabajo, el que produce la riqueza y nos da la ciencia, necesita demasiado de re-

gularidad, de perseverancia, de sacrificio, para ser por mucho tiempo amigo de la pasion, de suyo fugitiva, inconstante y desordenada; es una cosa demasiado elevada, demasiado ideal, demasiado filosófica para que pueda llegar á ser exclusivamente placer y goce, es decir, misticismo y sentimiento. La facultad de trabajar que distingue al hombre del bruto, tiene su origen en las más altas profundidades de la razon: ¿cómo habia de poder llegar á ser en nosotros una simple manifestacion de la vida, un acto voluptuoso de nuestra sensibilidad?

Y si se va ahora á la hipótesis de una trasformacion de nuestra naturaleza, que ni tiene antecedentes históricos, ni hay aquí nada que nos traduzca y revele, diré que esto no es más que un sueño ininteligible para los mismos que la defienden, una intervencion del progreso, un mentís dado á las leyes más ciertas de la ciencia económica; y por lo tanto, me limito por toda respuesta á descartarlo de la discusion.

Permanezcamos en el terreno de los hechos, puesto que sólo los hechos tienen significacion y pueden servirnos de algo. Hízose la revolucion francesa para conseguir tanto la libertad industrial como la libertad política; y aunque Francia en 1789 no habia visto todas las consecuencias del principio cuya realizacion pedía, digámoslo altamente, no se ha engañado en sus actos ni en sus esperanzas. El que tratase de decir otra cosa, perdería á mis ojos el derecho á ser crítico; no disputaría jamás con un adversario que erigiese en principio el error espontáneo de veinticinco millones de hombres.

A fines del siglo xviii, cansada Francia de privilegios, quiso sacudir á toda costa el entorpecimiento á que le habian condenado los gremios, y levantar la dignidad del obrero dándole la libertad. Urgia en

todas partes emancipar el trabajo, estimular el ingenio, hacer responsables de sus obras á los industriales, suscitándoles mil competidores y haciendo pesar sobre ellos las consecuencias de su negligencia, de su mala fe y de su ignorancia. Desde ántes del 89 estaba Francia madura para la transición: Turgot tuvo la gloria de obligarla á hacer la primera travesía.

Si la concurrencia no hubiese sido uno de los principios de la economía social, un decreto del destino, una necesidad del alma humana, ¿por qué en vez de *abolir* los gremios y las veedurías no se habría pensado en *repararlo* todo? ¿Por qué en lugar de una revolución no se habría hecho una simple reforma? ¿Por qué esta negación, si una modificación bastaba, tanto más cuando eso estaba dentro de las ideas conservadoras de que participaba la misma clase media? Explíquenme si pueden esa unanimidad de la nación el comunismo y la democracia casi socialista, que acerca del principio de la concurrencia representan sin pensarlo el sistema del justo medio, la idea anti-revolucionaria.

Añádase á esto que los sucesos vinieron á confirmar la teoría. A partir del ministerio de Turgot, empezó á notarse en toda la nación un aumento de actividad y de bienestar considerable. Así la prueba pareció tan decisiva, que obtuvo el asentimiento de todas las Asambleas: la libertad de la industria y del comercio figura en nuestras constituciones al nivel de la libertad política. A esa libertad, por fin, debe Francia desde hace sesenta años los progresos de su riqueza.

Después de este hecho capital, que prueba de una manera tan victoriosa la necesidad de la concurrencia, permítaseme que cite otros tres ó cuatro, que aunque ménos generales, pondrán más de relieve la influencia del principio que defiendo.

¿Por qué está tan prodigiosamente atrasada entre nosotros la agricultura? ¿De qué procede que en tan gran número de localidades reinen aún la rutina y la barbarie sobre el más importante ramo del trabajo nacional? Entre las numerosas causas que podría citar, veo en primer término la falta de concurrencia. Los labradores se arrancan unos á otros los pedazos de terreno; pero se hacen la concurrencia sólo en el estudio del notario, no en los campos. Y si se les habla de emulación, de bien público, ¡qué estupefactos no se quedan! Métase el rey en sus negocios, dicen (para ellos, el rey es sinónimo del Estado, del bien público, de la sociedad), y nosotros arreglaremos los nuestros. Esta es su filosofía y su patriotismo. ¡Ah! ¡si el rey pudiese suscitales concurrentes!... Desgraciadamente es imposible. Al paso que en la industria nace la concurrencia de la libertad y la propiedad, en la agricultura la libertad y la propiedad son un obstáculo para la concurrencia. Retribuido el labrador, no según su trabajo y su inteligencia, sino según la calidad de la tierra y el favor de Dios, no piensa al dedicarse al cultivo sino en pagar los ménos salarios y hacer los ménos anticipos que pueda. Seguro de vender siempre sus productos, busca más la manera de reducir sus gastos que la de mejorar la tierra y la calidad de sus frutos. Siembra, y hace lo demás la Providencia. La única especie de concurrencia que conoce la clase agrícola, es la de los arrendamientos; y no es posible negar que en Francia, en Beocia, por ejemplo, no haya dado beneficiosos resultados. Mas como el principio de esta concurrencia es, por decirlo así, de segunda mano, y no emana directamente de la libertad y la propiedad de los cultivadores, desaparece con la causa que le produce, de tal manera, que para ocasionar la decadencia de la industria agrícola en muchas localida-

des ó á lo ménos para detener sus progresos, bastaria quizá convertir los colonos en propietarios.

Otro ramo del trabajo colectivo que en estos últimos años ha dado lugar á vivos debates, es el que concierne á las obras públicas... «Para dirigir la construccion de una carretera, dice muy bien el señor Dunoyer, valdria quizá más echar mano de un peon de albañil ó de un postillon, que de un ingeniero acabadito de salir de la Escuela de caminos.» No hay nadie que no haya tenido ocasion de apreciar la exactitud de estas palabras.

En uno de nuestros más hermosos rios, célebre por la importancia de su navegacion, habia que construir un puente. Advirtieron los ribereños desde que se comenzaron los trabajos, que los arcos iban á ser demasiado bajos para que pudiesen pasar por ellos los buques durante las avenidas, y se lo hicieron observar al ingeniero encargado de construirlos. *Los puentes*, contestó éste con soberbia dignidad, *se hacen para los que pasan por encima, y no para los que pasan por debajo.* Esto ha pasado ya en el país á ser un proverbio. Mas como es imposible que la tontería lleve razon hasta el fin, el gobierno ha sentido la necesidad de retocar la obra de su ingeniero, y á la hora en que escribo se están realizando los arcos del puente. Si los negociantes interesados en el paso de la via navegable hubiesen estado encargados de la construccion á su costa y riesgo, ¿se cree que habria habido necesidad de retocar el puente? Podria escribirse un libro con las grandes cosas del mismo género hechas por los sabios ingenieros de caminos que acaban de salir de la escuela: como son inamovibles, no se hallan estimulados por la concurrencia.

Citan como prueba de la capacidad industrial del Estado, y por consiguiente de la posibilidad de abolir en todo la concurrencia, la administracion de

tabacos. Y se dice allí: nada de sofisticaciones, nada de pleitos, nada de quiebras, nada de miseria. Los obreros suficientemente retribuidos, instruidos, sermoneados, moralizados y seguros de una jubilacion creada por sus ahorros, están en una situacion incomparablemente mejor que la de la inmensa mayoría de los obreros que ocupa la industria libre.

Podrá ser todo esto cierto; mas yo lo ignoro. No sé nada de lo que pasa en la administracion de tabacos; no he tomado noticias de los directores ni de los obreros, ni las necesito. ¿Cuánto cuesta el tabaco vendido por la administracion? ¿cuánto vale? Es fácil contestar á la primera de estas preguntas: basta para eso llegarse al primer estanco. Pero nada cabe decir sobre la segunda, porque se carece de un término de comparacion y está prohibido averiguar por medio de ensayos el precio de coste de la Hacienda, y es, por consiguiente, imposible acertarlo. Luego la empresa de los tabacos constituida en monopolio cuesta á la sociedad necesariamente mucho más de lo que le rinde: es una industria que más que de su propio producto vive de una subvencion, y por consiguiente, léjos de poder ser para nosotros un modelo, es uno de los primeros abusos que debe atacar la reforma.

Y cuando hablo de la reforma que debiera hacerse en la fabricacion del tabaco, no me refiero solamente al enorme impuesto que triplica ó cuadruplica el valor del producto, ni á la organizacion jerárquica de sus empleados, de los cuales unos por sus pingües sueldos son aristócratas tan costosos como inútiles, y otros asalariados sin esperanza, mantenidos para siempre jamás en una condicion subalterna; ni me atengo tampoco al privilegio de los estancos, ni á toda esa turba de parásitos que sostiene; tengo principalmente á la vista el trabajo útil, el trabajo de los

obreros. Por el solo hecho de no tener concurrencia alguna el obrero de la administracion, por el solo hecho de no estar interesado en los beneficios ni en las pérdidas, en una palabra, por el solo hecho de no ser libre, su capacidad productiva es necesariamente menor y su servicio demasiado caro. Si se dice despues que el gobierno trata bien á los que tiene á su salario y se ocupa de su bienestar, ¿qué tiene de extraño? ¿Cómo no se advierte que la libertad es aquí la que sobrelleva las cargas del privilegio, y que si por acaso, hipótesis punto ménos que imposible, se hiciese con todas las industrias lo que con la de los tabacos, llegando á agotarse la fuente de las subvenciones, la nacion no podria ya equilibrar sus gastos y sus ingresos, y el Estado haria bancarrota?

Vengamos á los productos extranjeros.—Cito aquí el testimonio de un sabio, extraño á la economía política, el Sr. Liebig.—«Antiguamente Francia importaba sosa de España, todos los años, por valor de 20 á 30 millones de francos, porque la barrilla de España era la mejor. Durante toda la guerra con la Gran Bretaña, el precio de la sosa, y por consecuencia el del jabon y el vidrio, fueron sin cesar en aumento. Las fábricas francesas sufrieron no poco á consecuencia de ese estado de cosas. Entónces fué cuando Leblanc descubrió los medios de extraer la sosa de la sal comun. Este procedimiento fué para Francia un manantial de riqueza: la fabricacion de la sosa tomó extraordinarias proporciones. Mas ni Leblanc, ni Napoleon, gozaron de los beneficios del invento. La Restauracion, aprovechándose de la cólera de los pueblos contra el autor del bloqueo continental, se negó á pagar la deuda del emperador, cuyas promesas habian sido causa de los descubrimientos de Leblanc...»

«Hace unos años, habiendo acometido el rey de Nápoles la empresa de convertir en monopolio el comercio de los azufres de Sicilia, Inglaterra, que los consume en gran cantidad, hizo para con el rey de Nápoles un *casus belli* de la conservacion del monopolio. Interin cambiaban los dos gobiernos sus notas diplomáticas, pidiéronse en Inglaterra nada ménos que quince privilegios de invencion para extraer el ácido sulfúrico de los yesos, piritas de hierro y otras sustancias minerales de que la Gran Bretaña abunda. Mas, habiendo los dos gobiernos llegado á un arreglo, no se pasó adelante; quedó sí demostrado, por los ensayos que se hicieron, que la extraccion del ácido sulfúrico por los nuevos procedimientos habria sido coronada de éxito, lo cual habria quizá anonadado el comercio que hace Sicilia de sus azufres.»

Supóngase que no hubiese habido la guerra con la Gran Bretaña, ni le hubiese dado al rey de Nápoles el antojo de convertir en monopolio el comercio de los azufres; y en mucho tiempo no se habria pensado en Francia en extraer la sosa de la sal marina, ni en Inglaterra en sacar el ácido sulfúrico de las montañas de yeso y de piritas que encierra. Tal es precisamente la accion de la concurrencia sobre la industria. El hombre no sale de su habitual pereza sino atormentado por la necesidad, y el medio más seguro de apagar en él la llama del genio es librarle de todo cuidado y quitarle el cebo del beneficio y de la distincion social que de éste resulta, creando en torno suyo la *paz en todo* y la *paz continua*, y trasladando al Estado la responsabilidad de su inercia.

Sí, forzoso es decirlo á despecho del quietismo moderno: la vida del hombre es una guerra permanente, guerra con la necesidad, guerra con la naturaleza, guerra con sus semejantes, y por consiguiente,

guerra consigo mismo. La teoría de una igualdad pacífica fundada en la fraternidad y la abnegación, no es más que una falsificación de la doctrina católica, que nos manda renunciar á los bienes y placeres de este mundo; no es más que el principio de la indigencia, el panegírico de la miseria. El hombre puede amar á su semejante hasta morir por él; no le ama hasta el punto de trabajar por él.

A la teoría de la abnegación que acabamos de refutar en el terreno del hecho y del derecho, añaden los adversarios de la concurrencia otra que es justamente la contraria de la primera, porque es ley del espíritu que cuando éste desconozca la verdad, su punto de equilibrio, oscile entre dos contradicciones. Esta nueva teoría del socialismo anti-concurrente es la de los estímulos á la industria.

¿Qué más social ni más progresivo en la apariencia que la protección á la industria y al trabajo? No hay un demócrata que no haga de éste uno de los más bellos atributos del poder, ni un utopista que no lo ponga en primera línea entre los medios de organizar la felicidad. El gobierno, empero, es por su naturaleza tan incapaz de dirigir el trabajo, que toda recompensa por él concedida, es un verdadero hurto hecho á la caja comun. Vamos á tomar del Sr. Reybaud el texto de esta inducción.

«Las primas concedidas para alentar la exportación, hace observar en alguna parte el Sr. Reybaud, equivalen á los derechos que se pagan por la importación de la primera materia: la ventaja es absolutamente nula, y no sirve sino de estímulo para un sistema de contrabando.»

Este resultado es inevitable. Suprimáanse los derechos de entrada, y la industria nacional perderá, como se ha visto anteriormente á propósito del sésamo; manténganse los derechos no concediendo

prima alguna á la exportación, y el comercio nacional saldrá vencido en los mercados extranjeros. Para obviar este inconveniente, ¿se vuelve á la prima? No se hace más que dar con una mano lo que se ha recibido con la otra, y se provoca el fraude, último resultado, *caput mortuum*, de todos los estímulos para la industria. Síguese de ahí que, toda protección al trabajo, toda recompensa dada á la industria que no sea el precio natural del producto, es un don gratuito; son gajes cobrados de los consumidores, y ofrecidos en su nombre á un favorito del poder, á cambio de cero, de nada. Alentar la industria es, pues, en el fondo, sinónimo de alentar la pereza: es una de las formas de la estafa.

En el interés de nuestra marina de guerra, el gobierno había creído deber conceder á los empresarios de trasportes marítimos una prima por cada hombre empleado en sus buques. Continúo ahora citando al Sr. Reybaud: «Cada buque que sale para Terranova embarca de 60 á 70 hombres. De estos, hay doce marineros; el resto son campesinos arrancados á los trabajos de la agricultura que, tomados á jornal para la sola preparación del pescado, permanecen del todo extraños á las maniobras, sin tener del marino sino los piés y el estómago. Esos hombres, sin embargo, figuran en los roles de la matrícula naval, perpetuando así una ficción, una mentira. Cuando se trata de defender el establecimiento de la prima, se les hace entrar en cuenta, hacen número, y contribuyen al éxito.»

¡Esto es una innoble farsa! exclamará sin duda algun reformador cándido; séalo. Analicemos el hecho, y procuremos entresacar de él la idea general que encierra.

En principio, el solo estímulo al trabajo que la ciencia puede admitir, son los beneficios. Porque si

el trabajo no puede encontrar en sus propios productos su recompensa, léjos de alentársele, debe abandonársele lo más pronto posible; y si por lo contrario da un producto neto, es absurdo añadir á este provecho un don gratuito, recargando así el valor del servicio. Aplicando, pues, este principio, digo: Si el servicio de la marina mercante no reclama sino 10.000 marineros, no debe pedírsele que mantenga 15.000: el camino más corto para el gobierno, es embarcar 5.000 reclutas en buques del Estado, y hacerles viajar como unos príncipes. Todo estímulo á la marina mercante, es una invitacion directa al fraude, ¿qué digo? una propuesta de salario para un servicio imposible. ¿Permiten acaso esas agregaciones de un personal inútil, ni las maniobras, ni la disciplina, ni las demás condiciones del comercio marítimo? ¿Qué puede hacer, pues, el armador viendo que el gobierno le ofrece una prima para el caso en que embarque en su buque gente de que no necesita? Si el ministro tira el dinero del Tesoro por la ventana, ¿soy yo acaso culpable en recogerlo?...

Así, cosa muy para notada, la teoría de los estímulos dimana en línea recta de la teoría del sacrificio; y por no querer que el hombre sea responsable, los adversarios de la concurrencia, llevados de la contradicción fatal de sus ideas, se ven obligados á hacer del hombre, tan pronto un Dios como un bruto. ¡Y se extrañan luego de que la sociedad sea sorda á sus voces! ¡Pobres niños! los hombres no serán jamás ni mejores ni peores de lo que los veis y fueron siempre. Desde el momento en que los agujonea su bien particular, abandonan el bien público; en lo cual, si no los encuentro dignos de grande honor, los encuentro por lo ménos dignos de excusa. Vuestra es la culpa, si tan pronto les exigís más

de lo que os deben, como excitáis su codicia con recompensas que no merecen. El hombre no tiene nada más precioso que él mismo, ni por consiguiente, más ley que su responsabilidad. La teoría de la abnegación, del mismo modo que la de las recompensas, es una teoría de pícaros que subvierte la sociedad y la moral; y por lo mismo que esperais ya del sacrificio, ya del privilegio, la conservacion del orden, creais en la sociedad un nuevo antagonismo. En vez de hacer surgir la armonía de la libre actividad de los individuos, haceis extraños, el uno para el otro, el hombre y el Estado: con mandar la union, no haceis más que atizar la discordia.

En resúmen, fuera de la concurrencia, no hay más que esta alternativa: el estímulo, una mistificación; ó el sacrificio, una hipocresía.

La concurrencia, analizada en su principio, es por lo tanto, una inspiracion de la justicia, y sin embargo, vamos á ver como es injusta en sus resultados.

§ II. Efectos subversivos de la concurrencia, y destruccion por ella de la libertad.

*El reino de los cielos se gana por la fuerza, dice el Evangelio, y sólo los violentos lo hacen suyo.* Estas palabras son la alegoría de la sociedad. En la sociedad regida por el trabajo, están puestas á concurso la dignidad, la riqueza y la gloria: son la recompensa de los fuertes, y cabe muy bien definir la concurrencia, diciendo que es el régimen de la fuerza. Los economistas antiguos no habian advertido esta contradicción: los modernos se han visto obligados á reconocerla.

«Para levantar un Estado del último escalon de